



CARTAS A UNA
SEÑORA SOBRE
TEMAS DE
DERECHO POLÍTICO

ÁNGEL OSSORIO

COLECCIÓN CLÁSICOS DEL DERECHO

TÍTULOS PUBLICADOS

- Filosofía del Derecho**, *Gustav Radbruch* (2007).
- Tratado de filosofía del Derecho**, *Rudolf Stammler* (2007).
- Teoría General del delito**, *Francesco Carnelutti* (2007).
- La autonomía en la integración política. La autonomía en el estado moderno. El Estatuto de Cataluña. Textos parlamentarios y legales**, *Eduardo L. Llorens* (2008).
- El alma de la toga**, *Ángel Ossorio y Gallardo* (2008).
- La filosofía contemporánea del Derecho y del Estado**, *Karl Larenz* (2008).
- Historia de las doctrinas políticas**, *Gaetano Mosca* (2008).
- El método y los conceptos fundamentales de la Teoría Pura del Derecho**, *Hans Kelsen* (2009).
- La ética protestante y el espíritu del capitalismo**, *Max Weber* (2009).
- De la irretroactividad e interpretación de las leyes. Estudio crítico y de legislación comparada**, *Pascuale Fiore* (2009).
- Cartas a una señora sobre temas de Derecho político**, *Ángel Ossorio* (2009).

COLECCIÓN CLÁSICOS DEL DERECHO

Directores:

JOAQUÍN ALMOGUERA CARRERES

GABRIEL GUILLÉN KALLE

**CARTAS A UNA
SEÑORA
SOBRE
TEMAS DE
DERECHO POLÍTICO**

ÁNGEL OSSORIO



Editorial Reus, S. A., para la presente edición
Preciados, 23 - 28013 Madrid
Tfno.:(34) 91 521 36 19 - (34) 91 522 30 54
Fax: (34) 91 531 24 08
E-mail: reus@editorialreus.es
<http://www.editorialreus.es>

ISBN: 978-84-290-1549-2
Depósito Legal: Z. 396-09
Diseño de portada: María Lapor
Impreso en España
Printed in Spain

Imprime: Talleres Editoriales COMETA, S. A.
Ctra. Castellón, Km. 3,400 – 50013 Zaragoza

Fotocopiar ilegalmente la presente obra es un delito castigado con
cárcel en el vigente Código penal español.

A mi mujer y a mi hija, compañeras constantes y ejemplares en el cariño, en la compenetración y en el trabajo.

Con mi gratitud amorosa.

ÍNDICE

CARTA I	
PRESENTACIÓN	11
CARTA II	
SOCIALISMO Y COMUNISMO.....	19
CARTA III	
SINDICALISMO, ANARQUISMO	31
CARTA IV	
DEMOCRACIA CRISTIANA	41
CARTA V	
LIBERTAD	53
CARTA VI	
DEMOCRACIA, SUFRAGIO, PARLAMENTO	65
CARTA VII	
FORMAS DE GOBIERNO	77
CARTA VIII	
RELIGIÓN Y POLÍTICA	89
CARTA IX	
PATRIOTISMO, NACIONALISMO, PACIFISMO	101
CARTA X	
LA MORAL Y LA POLÍTICA.....	111
CARTA XI	
LA CONSTITUCIÓN. A) <i>España</i>	121

CARTA XII	
LA CONSTITUCIÓN. B) <i>Los españoles</i>	129
CARTA XIII	
LA CONSTITUCIÓN. C) <i>Legislación y gobierno</i>	143
CARTA XIV	
LA CONSTITUCIÓN. D) <i>La Justicia</i>	157
CARTA XV	
DESPEDIDA	163

La buena acogida que el público femenino dispensó a mis Cartas a una muchacha sobre temas de Derecho civil, me ha determinado a escribir un libro parejo sobre cuestiones políticas.

Ruego a las mujeres estudiosas y profesionales que no se rían de mí si advierten que es mi trabajo demasiado elemental y sencillo. No he pretendido hablar a las preparadas, sino a aquella masa innumerable de mujeres que se encuentran obligadas a intervenir en los negocios públicos de España, sin contar para ello con antecedente ninguno, y, lo que es peor, inficionadas por los tópicos, vulgaridades y prejuicios que durante años y años han oído de labios masculinos.

Tienen las españolas el deber moral de superarnos, siendo más despreocupadas, más justicieras y más generosas que nosotros.

Ni me propongo ni podría enseñarlas grandes cosas. Sólo aspiro a emplazarlas la curiosidad.

CARTA I

PRESENTACIÓN

I

Mi buena amiga:

Efectivamente, los periódicos dijeron que iba yo a ir a Madrid, y hasta se permitieron presumir que proyectaba incorporarme nuevamente a la vida política. Cierto es que pensé pasar ahí veinte o treinta de los días que en esta tierra son de frío extremado. Pero desistí, substituyendo el viaje por unos cuantos leños y unas cuantas mantas, precisamente para no rozarme con lo que fue mi ilusión de otros tiempos y ha venido a ser luego uno de los mayores manantiales de mi abatimiento y de mi hosquedad. Eso en lo referente al mal humor de viejo. En lo que toca a la tristeza íntima hay otros motivos que usted adivina.

No tengo fuerzas ni aun para una semana de roce con esa vida pública, que es pública, pero no es vida. Veinticinco años Diputado, cuatro veces Ministro, una Presidente del Congreso y dos del Consejo de Ministros, constituyen un caudal de experiencia sobradamente amarga para que me queden valor ni ganas de asomarme otra vez al precipicio. Quise buscar un fundamento moral a la política, y me llamaron pazguato e hipócrita. Quise ejercer el Gobierno por vías de Derecho, y me demostraron que eso del Derecho es en España inútil bellaquería, porque el que está arriba tiene la ley para su uso particular y debe tundir a palos al adversario. «Ahora mandamos nosotros», era toda la norma de conducta, desde el Parlamento hasta las aldeas. Fui liberal de raíz, y unos me apellidaron demagogo, mientras otros me tildaban de tirano.

En un cuarto de siglo no pude saber lo que era justicia, ni cordialidad, ni siquiera elemental respeto.

Guardamos, sin duda, los españoles un sedimento ancestral de ferocidad. Discutimos a bocados; no tenemos para el adversario mandamientos de la ley de Dios; la honra del prójimo es balón de fútbol, y para «salirnos con la nuestra» no vacilamos en destrozar al contradictor la honra, y los sentimientos, y el alma. Sin haber visitado ningún pueblo salvaje, aseguro a usted que he tratado verdaderas bandas de antropófagos en las redacciones de los periódicos y en el salón de conferencias.

No más, no más. Dispuesto estoy a reconocer que la culpa es mía, que soy un inadaptado y un soñador, que carezco de sentido político. Conforme. Lejos de mí el prurito de vindicar mi capacidad y mis aciertos, aunque podría tentarme el empeño, pues desde que (va para dos años) me retiré de la política, resulta — si he de creer a discursadores y gacetilleros — que yo soy un monumento de sabiduría y tino.

Mi nombre es manejado como ariete para romper la cabeza a mis sucesores. Las mismas cosas que ayer eran enormes estupideces, según mis críticos, ahora han ascendido a maravillas de clarividencia. Y, en fin, este pobre hombre, que antaño estorbaba a todo el mundo, hoy es indispensable y providencial.

Gracias, amigos míos, gracias. Os conozco a todos. A veces parecéis unas malísimas gentes, cuando, en realidad, quizás no seáis más que unos mentecatos. Mi curación es radical. No me cazaréis. Aquí, entre la montaña y el río, recreándome en mi soledad, acercándome de tarde en tarde a la capital de la provincia o a algún otro población semejante, hablando con pocas personas, y preferentemente con mi perro, soy más

fuerte y más bueno. Mis saludables, sesenta años me permitirán acabar la *Historia de las razas oprimidas en España* y acaso acometer la *Bibliografía de las ideas liberales*.

Ahí tiene usted explicado, con harta digresión, el motivo de que no haya ido ni piense ir a Madrid, si quiera renuncie a las charlas que usted se prometía, y que hubieran sido para mí sabroso deleite, no exento todavía de peligros, tan temidos que ni siquiera me atrevo a usar el tuteo de nuestros tiempos moceriles. Mas como me sobra el tiempo, me halaga la plática y me place el tema, podremos tratarle por escrito, con lo que quizás ganen firmeza las ideas de usted tanto cuanto pierda el recreo de mi vista.

Me ha hecho gracia su congoja ante la concesión del voto a la mujer. Lo mismo deben andar casi todas. Malo es no tener idea de ningún sistema social ni político, no conocer la índole de los problemas públicos que se discuten, no intuir siquiera el alcance de las palabras que a diario se manejan. Pero peor es que a idéntica proporción de hombres le ocurre otro tanto; por donde, lejos de hallar ustedes en ellos guía y sostén encontrarán elementos de perturbación y zozobra.

Tampoco es peculiar de usted la pugna de ideas entre las cuales se ve usted como entre dos fuegos. En casi todas las casas ocurre otro tanto. Su marido de usted, el bondadoso Juanito, es un quietista. Los apuntes que usted me proporciona respecto a su ideología no eran indispensables, primero por mi pretérito trato con tan dichoso mortal, y después porque Juanito es un hombre tipo. Padece una inundación de tópicos, que son la gran panacea para no discurrir por cuenta propia y ahorrarse inquietudes. No me lo confiese usted si no quiere, pero ¿verdad que le habla a usted muchas

veces de que *en este país* hace falta «mucho palo», y de «la religión de nuestros mayores», y de que lo bueno sería tener «menos política y más administración», y de que «lo primero de todo es el orden», y de que «si a él le dejaran, pronto lo arreglaría todo, premiando al bueno y dando leña al malo»? ¿Y verdad que cuando quiere amenizar su crítica explica que «tranquilidad viene de tranca», y lanza en seguida una carcajada ancha y sonora? Su Juanito (Juanito siempre, aunque sea coetáneo mío) es idéntico a todos los Juanitos inextinguibles e inmortales. Porque ha de saber usted que la referencia de los manuales de Historia en cuanto a que los primeros pobladores de España fueron los celtas y los iberos es una mentira voluminosísima. Los primeros pobladores de España fueron Juanitos. Y, por las trazas, los últimos lo serán también.

Unas veces se llaman «gentes de orden»; otras, «fuerzas vivas»; otras, «los que tienen que perder»; otras, «los que llevan corbata»... Pero son siempre los mismos. Su programa es que no pase nada, que todo siga como ellos le hallaron, que nadie les turbe la digestión. Son, a su entender, criminales peligrosísimos cuantos palpitan con un anhelo, una esperanza o una curiosidad. Su visión no llega más allá de las cotizaciones de la Bolsa. Su programa está en «tener una cosa segurita». Su aspiración suprema «dejar algo a los hijos». Ese algo, naturalmente, no ha de ser ideas ni sentimientos, sino dinero.

Debo reconocer que sobre esos Juanitos se asienta la quietud de los pueblos. Lo malo es que la vida no radica en la quietud, sino en la inquietud.

Pues a su hijo de usted, el gran mocetón de Pablo, también le conozco como si me hubiera usted transferido la penosa función de alumbrarle. Dejé de

verle cuando tenía quince años, pues él estuvo tres en el Colegio de Toulouse; y yo llevo dos en mi cenobio. Pero también me le sé de memoria. ¿Comunista, eh? ¡Pues no faltaba más! El no sabe a ciencia cierta qué es el comunismo, pero abomina de la sociedad capitalista (por lo menos mientras no herede el saneado capital paterno), y odia más especialmente todavía a los socialistas gubernamentales, y niega la libertad, y no ve posible implantación de una mayor justicia social sino mediante la dictadura del proletariado, y desprecia sarcásticamente a los espíritus medrosos que se asquean del torrente de sangre rusa... ¡Es mucho Pablito! En cada familia hay uno. En resumen, España se divide hoy en Juanes y Pablos.

¡Y entre los dos la han tomado con usted, pobre Carlota, y la quieren arrastrar a su respectivo bando! ¡Está usted lucida! Sobre todo, manteniendo una idea seria de la existencia y siendo tan poco propicia a seguir ciegamente a nadie en cuestiones que mira como de conciencia. No he olvidado nunca que contando usted seis años y yo dieciséis la intimó. su buenísima madre a obedecer a su tía Margarita, quien —perdóneme su memoria— solía mandar bastantes tonterías. Y usted, hecha una fierecilla, cogió una rabieta considerable y dijo, jipando: «Si yo llego a saber que hay que obedecer a la tía Margarita, no nazco».

Así ha sido usted siempre, dicho sea en su elogio. Al enfrentarse ahora con el deber de opinar para votar quiere cumplir dignamente esa obligación y se encuentra con que no sabe nada para orientarse por cuenta propia y con que la mentalidad de los hombres de su casa es como esos farolillos que sitúan los poceros en las bocas de las alcantarillas. El transeúnte cree que indican el camino seguro y a donde llevan es al pozo.

Yo nunca fui partidario de precipitar la concesión del voto a la mujer casada.

Debió probarse primero en la soltera y en la viuda, y esperar a que los maridos se capacitasen para la vida política más de lo que están. De otro modo, a cuenta del sufragio femenino se puede escindir la familia. Y la familia es más importante que el sufragio.

En fin, lo hecho, hecho está. Hay que votar y hay que saber lo que se vota. Propónese usted tomar mi experiencia por piloto. A su disposición está, como todo lo mío. Y pues advierte especialmente acuciada la curiosidad hacia las varias tesis que se disputan el acierto en las cuestiones sociales, del socialismo, del comunismo y del sindicalismo hablaré a usted en cartas próximas. Ahora no puedo ni quiero. No quiero porque no tendría usted paciencia para leer una misiva más larga. Y no puedo porque hace un rato el perro ladra llamándome a cenar.

Comprenderá usted que después de haberme separado de mi partido, del mandarinato, del pavoneo y del mundo entero, con sus pompas y vanidades, no es cosa de que descompadre también con mi perro.

CARTA II

